

# EL PAPEL DEL MAR Y DE LAS COSTAS EN EL PANAMA PRE-HISPANICO Y DEL PERIODO DEL CONTACTO: REDES LOCALES Y RELACIONES EXTERNAS

*Richard G. Cooke  
Luis Alberto Sánchez\**

## Introducción

La privilegiada situación geográfica de Panamá ha servido para otorgarle los epítetos turísticos de “puente del mundo” y “crisol de razas”, perogrulladas, por cierto, que no obstante reflejan el hecho de que esta angosta franja de tierra representa la vía más corta que conecta a dos masas continentales y dos grandes océanos. Desde el cierre definitivo de una conexión marítima a través del istmo aproximadamente 3,5 millones de años atrás,<sup>1</sup> Panamá ha desempeñado

---

\* Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales. Apdo. 2072, Balboa, Panamá.  
Correo electrónico: cooker@naos.si.edu, cominata@hotmail.com, lash33@hotmail.com

su lógica función de embudo para poblaciones de animales terrestres, dulceacuícolas y costeros, que emigraban de Norte a Suramérica y viceversa. Pese a la escasez de datos de campo corroborativos, los litorales istmeños (cuya configuración con respecto a tierra firme se ha ajustado periódicamente a los ciclos glaciales) deberían de haber jugado un papel importante en la diseminación continental de *Homo Sapiens* y sus especies comensales. De acuerdo a lo encontrado en un sitio arqueológico en el Pacífico chileno<sup>2</sup> y en otros en las costas del Perú,<sup>3</sup> los primeros cazadores y recolectores que entraron al continente durante la última glaciación aprovechaban recursos litorales al igual que terrestres.

Aunque parece lógico pensar que, a partir de este primer tránsito humano, la abrupta cordillera central que corre longitudinal al istmo debió permitir mayor flujo de gente y bienes a lo largo de cada una de las costas, que de costa a costa, cabe destacar que la serranía no fue obstáculo natural para emparentar culturalmente a grupos de indígenas que se asentaron en las vertientes opuestas.<sup>4</sup> La proximidad de océanos con recursos costeros diversos y complementarios fue bien atendida desde tiempos remotos por los habitantes autóctonos que participaban en un intercambio transístico cuya existencia puede probarse por medio de datos arqueológicos y etnohistóricos.

Nuestro principal interés no sólo está encaminado en observar como la particular geografía costera del istmo panameño influyó históricamente en las relaciones marítimas internas o externas, sino, también, en analizar como las poblaciones precolombinas utilizaron los recursos marinos y costeros para su sustento. El requerimiento de dichos productos y su aporte a la economía precolombina se puede establecer gracias a diversos tipos de evidencia material, especialmente aquella de carácter artefactual, arqueofaunística y paleobotánica. Estos datos, tal y como lo reseñaremos más adelante, indican que, a partir de por lo menos el 5000 antes de Cristo (a.C.) —época por la que ya se practicaba la agricultura—<sup>5</sup> las poblaciones humanas de la vertiente del Pacífico, cerca o lejos de la costa, aprovechaban intensivamente el litoral marino, cuya productividad coadyuvó a que ellas logaran una relativa autosuficiencia económica y estabilidad territorial.

Por diversos factores, tales como el de la preservación selectiva de determinados materiales en los sitios precolombinos y la dificultad de establecer su origen específico, para el desarrollo de la investigación arqueológica se torna complicado el documentar la distancia y naturaleza de los contactos sociales. No obstante, hay nuevos indicios de la posibilidad de que la orfebrería, que tanta repercusión traería en los sistemas ideológicos y políticos istmeños, se introdujera a través de una ruta directa por el Pacífico desde el Ecuador y Colombia. Otros bienes suntuarios de larga trayectoria en el continente americano, el de las conchas marinas, también habrían encajado, por su abundancia en la costa del Pacífico panameña, en los sistemas de intercambio aunque, al parecer, dentro de un ámbito relativamente local.

El océano Atlántico era una vía abierta al trueque extraístmico en el período de contacto, aunque no se puede establecer con precisión desde cuándo los grupos mesoamericanos y panameños mantenían esta interacción. En la vertiente del Pacífico las extensas sabanas, ríos y estuarios habrían permitido, no solamente la movilización abierta por tierra, sino, también, por su geografía costera llena de ensenadas y puertos naturales, un acceso ágil hasta la costa e islas a través de canoas, un medio de transporte que, según información documental del temprano siglo XVI, se usaba para fines, tanto comerciales, como bélicos.

## **La ruta del Atlántico**

Durante su último viaje realizado entre 1502 y 1503, Cristóbal Colón recorrió la costa del Caribe de Centro América desde Cabo Gracias a Dios en Honduras hasta el Golfo de San Blas en Panamá.<sup>6</sup> Por ilógica que parezca su decisión de fundar un asentamiento en la peligrosa desembocadura del río Belén, lo que verdaderamente atrajo al almirante a esta zona ventosa, lluviosa y desprovista de puertos naturales, fue el descubrimiento de que, desde “Guaiga” hasta “Cubiga” —esto es, desde la Península de Valiente hasta el río Coclé del Norte— había mucha actividad comercial. Su mención de “cinco grandes puertos” en la costa de Veragua,

si bien exagerada, se ampara en el hecho de que logró trocar durante su recorrido inicial de oeste a este, 46 “platos” de oro<sup>7</sup> —en realidad, láminas martilladas y repujadas con diseños geométricos y zoomorfos—, propiedad de indígenas pudientes que se ataviaban con ellas cuando salían a guerrear.<sup>8</sup> Aunque los aluviones de los ríos que descienden de la cordillera en el Caribe central de Panamá contienen abundante oro y cobre mezclados con buenas cantidades de plata,<sup>9</sup> no se puede demostrar que estas “patenas” —como las llamó Colón— eran elaboradas en el asentamiento principal del “gran Quibian” ubicado en un cerro a cierta distancia de la costa.<sup>10</sup> Dudamos, sin embargo, que los talleres que produjeron dichos artefactos hubiesen quedado muy lejos de los puntos de canje situados en desembocaduras costeras —seguramente lugares más modestos que los “cinco grandes puertos” del almirante!—.

Dos comentarios en crónicas del temprano siglo XVI sugieren que el comercio costero de Veragua atraía a gentes foráneas desde antes del contacto español. Diego Méndez, compañero del almirante, se encontró en la boca del río Veragua con dos personas en un cayuco que él llama “extrangeras”, seguramente por hablar un idioma que los indígenas locales no comprendían.<sup>11</sup> Hacia el este, cerca del lugar donde se fundó Nombre de Dios, vivían los “chuchures” que de acuerdo a Pascual de Andagoya eran originarios de Honduras y hablaban un idioma distinto del local.<sup>12</sup> El mismo cronista señalaba que estos no soportaron los drásticos cambios ocasionados por la colonización española por lo que pronto desaparecieron. Por su parte, Torquemada hizo mención de otro grupo que había viajado desde Nicaragua hasta Nombre de Dios.<sup>13</sup>

Mayores detalles sobre las actividades de comerciantes centroamericanos se encuentran en documentos del pos-contacto —muy conocidos, por cierto— los cuales se refieren a un grupo étnico conocido como los “siguas”, vocablo que significaba “extranjero” en los idiomas chibchenses de la región.<sup>14</sup> En vista de que Colón no los menciona, se cree que se asentaron en la costa del Caribe después del contacto. Hablantes de un idioma uto-azteca vivían por 1540 en una región conocida como “Coaza” entre los ríos Sixaola y

Changuinola. Es probable que su presencia aluda a un patrón comercial más antiguo vinculado al comercio del oro y del cacao, dos productos primordiales en las redes comerciales mesoamericanas. Uno de los muchos documentos que hablan de los “siguas” asevera que éstos fueron enviados por “Montezuma” para cobrar tributo en forma de piezas finas de oro. Otro, con fecha de 1595, constata que 6000 “siguas” aún mantenían contactos comerciales con pueblos mexicanos. Hacia 1620, se decía que los “siguas” todavía estaban “sujetos a Montezuma” y residían en un lugar adonde los “mexicanos iban a buscar oro para sus ídolos y ofrendas”. En fechas posteriores, los “siguas” se trasladaron a la actual Isla Colón, en donde, unidos por casamiento con chánguenas, doraces y térrabas, continuaron canjeando hachas y machetes de hierro por cuentas de conchas marinas.<sup>15</sup> Hasta donde lo sabemos, la última referencia documental pertinente a este grupo se remonta a 1763 cuando un padre español relata que comerciaban el cacao, producto que, en adición a pieles de manatí, zarzaparrilla y carey, atraería en adelante a embarcaciones de misquitos hacia el Caribe panameño.<sup>16</sup>

En resumidas cuentas, los datos documentales reseñados constatan que algunos productos en el Caribe panameño eran lo suficientemente abundantes y accesibles, como para atraer a grupos de mesoamericanos deseosos de establecerse físicamente en esta zona. Sin embargo, aunque el oro era uno de los móviles primarios de estas actividades comerciales, es muy difícil precisar cuáles artefactos precolumbinos de origen panameño habrían llegado hasta localidades mesoamericanas. No cabe la menor duda de que algunas piezas de metal halladas en los sedimentos en el fondo del cenote sagrado de Chichén-Itzá<sup>17</sup> se confeccionaron en lo que Bray llama la provincia metalúrgica colombiana-istmeña; pero no se les puede atribuir a lugares específicos de producción dentro de esta área: bien pudieron haberse originado en el Caribe o en el Pacífico, en Costa Rica o en Panamá.<sup>18</sup>

¿Qué productos hubieran ofrecido en canje los mesoamericanos a los panameños? La documentación arqueológica al respecto es muy parca: los únicos artefactos hallados en

sitios precolombinos istmeños que apuntan hacia un origen mesoamericano son un cuchillo bifacial de calcedonia parecido a ejemplares usados en rituales de sacrificio humano (hallado en el río Belén),<sup>19</sup> un jade supuestamente de estilo olmeca (del Pacífico de Veraguas) y una vasija ‘Plumbate’ (hallada en la misma zona).<sup>20</sup> Aceptando que los mercaderes mesoamericanos habrían traído artículos hechos de materiales de difícil sobrevivencia en sitios arqueológicos (tales como mantas de algodón), no hay razón por que asumir que el trueque entre ellos y los “veragüenses” se desarrollara en un ambiente de reciprocidad simétrica debido a las conocidas diferencias estructurales entre las sociedades mesoamericanas e istmeñas. En las crónicas españolas del temprano siglo XVI hay abundantes descripciones del intercambio de productos en el istmo. Sin embargo, ellas dan la impresión de que el trueque concernía principalmente a comunidades localizadas en la misma zona de interacción sociopolítica, pero en distintos habitats, por ejemplo, entre comunidades costeras y monteses; entre el Caribe y el Pacífico y entre zonas sabaneras y boscosas. Fernández de Oviedo nos dice lo siguiente con respecto a los “cueva” del Darién:

“Quando los indios no tienen guerra, todo su exercicio es tractar é trocar quanto tienen unos con otros... llevan sus cargas á cuevas de sus esclavos: unos llevan sal, otros mahiz, otros mantas, otras hamacas, otros algodón hilado o por hilar, otros pescados salados; otros llevan oro”.<sup>21</sup>

Está claro, además, que algunos productos cambiaban de dueño en las interacciones políticas y bélicas: uno de los motivos de los ataques repentinos a comunidades enemigas—frecuentemente realizados con canoas— fue la adquisición y posterior exhibición corporal de las pertenencias de líderes rivales.<sup>22</sup>

Datos arqueológicos confirman el intercambio de productos de costa a costa en tiempos precolombinos: por ejemplo, huesos de manatí procedentes del Caribe se han encontrado en la Bahía de Parita en sitios cuya edad comprende entre el Preclásico Tardío (4000 a.C.) y el Clásico Tardío (1100-1520 d.C.).<sup>23</sup> En el sitio arqueológico Cerro Juan Díaz, en el Pacífico central, al menos dos taxones de

conchas marinas empleados en la confección de adornos personales, fueron llevados hasta allí desde la costa del Caribe.<sup>24</sup> Se sabe además, que para la conquista, algunos líderes políticos que vivían en asentamientos localizados tierra adentro tenían “puertos” en la costa, tales como “Pocorosa” y “Comogre” en el Darién y “Trota” en el Pacífico de Veraguas.<sup>25</sup>

### **Orfebrería: procedencia, antigüedad y producción**

De todos los productos intercambiados por los indígenas istmeños y, de allí, relevantes al tema de los contactos costeros y marítimos, el que más discusión ha generado es el oro porque la metalurgia Americana se originó, sin duda alguna, en el área andina mucho tiempo antes de que apareciera en la América Central.<sup>26</sup> Cuándo y cómo esta tecnología entró al istmo siguen siendo preguntas claves para los estudiosos de la historia precolombina. Las respuestas son —y seguirán siendo— difíciles de dar. La atracción de este medio para los mercados del arte lo ha convertido en un artículo de valor comercial, por lo que la gran mayoría de los objetos de oro precolombinos, como bien se sabe, han salido de excavaciones ilícitas, las cuales destruyeron, o no registraron, su contexto histórico y social. Además, las relaciones entre, por un lado, materias primas, tecnología e iconografía y, por el otro, la obtención del mineral y la producción de artefactos de metal, son en extremo complejas lo cual se debe tanto a que las proporciones de los diferentes componentes minerales (oro, plata, cobre y platino) varían muchísimo en el espacio, como al hecho de que los orfebres prehispánicos hacían aleaciones con diferentes cantidades de cada metal de acuerdo a criterios, no sólo tecnológicos, sino también, estéticos. Por consiguiente, un análisis tecnológico de una pieza precolombina, por mineralógicamente preciso que sea, no establece forzosamente su procedencia. Otro aspecto problemático referente a los adornos personales, ya sean de oro u otros materiales, es su propensión a ser intercambiados constantemente y guardados por largos períodos. De tal modo, es bastante frecuente descubrir que artefactos de esta índole hayan sido modificados y remendados.<sup>27</sup>

En la actualidad, los especialistas concuerdan en que las piezas de oro más antiguas del istmo centroamericano forman una unidad tecno-estilístico particular a la cual W. Bray le ha dado el nombre “Grupo Inicial”, caracterizado por pequeñas figuras zoomorfas hechas en moldes y láminas martilladas con espirales divergentes.<sup>28</sup> Fechamientos recientes obtenidos con carbón vegetal incluido en fragmentos de moldes preservados en piezas colombianas sugieren que esta tradición se remonta a principios del primer milenio o, tal vez, finales del segundo milenio a.C.<sup>29</sup> En el istmo centroamericano, su contextualización arqueológica es pobre: las fechas radiocarbónicas más tempranas proceden de Cerro Juan Díaz donde una sepultura en forma de pozo que contuvo una argolla con alto contenido de cobre y fragmentos de una supuesta figurilla de ave<sup>30</sup> proporcionó una datación de carbón vegetal de 1730 + 80 a.P. (220 d.C.) y otra de dentina humana de 1780 + 40 a.P. (170 d.C.), lo que sugiere que orfebrería del ‘Grupo Inicial’ apareció en el istmo doscientos o trescientos años antes de la fecha sugerida en nuestro último resumen.<sup>31</sup>

Recientemente, cuatro piezas encontradas en dicha sepultura (el rasgo 16) fueron sometidas a un estudio mineralógico y tecnológico en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) a cargo de Ilean Isaza y bajo la supervisión de Heather Lecthman.<sup>32</sup> Además de descubrir que, por esta época, los orfebres de la región sabían unir dos aleaciones de tumbagas ricas en cobre (tarea técnicamente compleja), Isaza encontró partículas de osmio –un elemento platinoide muy pesado– en un fragmento triangular que parece haber pertenecido a la cola de un figura de ave con las alas desplegadas.<sup>33</sup> Hasta donde lo sabemos, la única área de América donde se ha documentado el uso del platino es la costa sur de Colombia y norte de Ecuador (la región metalúrgica de La Tolita y Esmeraldas) donde este metal se agregaba para fines estéticos.<sup>34</sup>

En el ámbito de los debates sobre las rutas a través de las cuales se introdujo la metalurgia desde Sur a Centroamérica, el descubrimiento de Isaza se reviste de mucho interés. La costa de Ecuador ya ha sido propuesta como punto de origen de la metalurgia panameña.<sup>35</sup> Bray opinó que las

ensenadas y bahías del noroeste de Colombia, como Bahía Solano (donde Linné encontró piezas de oro en excavaciones),<sup>36</sup> pudieron haber sido entrepots para la distribución de artefactos de metal hacia Panamá, procedentes ya sea del valle del Atrato y sus afluentes, o bien de la costa Pacífica de Suramérica.<sup>37</sup> En nuestra opinión, hasta tanto no se esclarezcan ciertas anomalías inherentes a los fechamientos obtenidos de los moldes de barro de las piezas colombianas arriba mencionadas, sería imprudente descartar la hipótesis de que la metalurgia entró a Centroamérica, no a través del Darién, sino directamente por el océano Pacífico desde La Tolita y Esmeraldas, hasta la Península de Azuero. Al respecto, Hosler ya había indicado que la metalurgia desarrollada en el occidente de México a partir de aproximadamente el 600 d.C. tuvo antecedentes andinos.<sup>38</sup>

### **La costa del Pacífico a través del tiempo: contactos marinos a larga y corta distancia**

Ventilar la relación entre rutas marítimas y metalurgia nos conduce necesariamente a considerar, en términos más generales y cronológicamente más profundos, el papel que ha desempeñado la costa del Pacífico en el desarrollo de las comunidades precolombinas del istmo. Esta discusión la enfocaremos conforme a hipótesis y modelos que han tenido las mayores repercusiones en la arqueología regional.

### **Inmigraciones pleistocénicas**

Durante la última década se han agudizado los debates en torno a la antigüedad, naturaleza y dirección de las primeras inmigraciones humanas a América y, también, a la procedencia étnico-cultural de los inmigrantes. De particular relevancia para el tema de las sociedades marítimas del Pacífico, es la creciente fuerza de la hipótesis que aboga por inmigraciones costeras anteriores al florecimiento de la cultura de cazadores y recolectores conocida en Norteamérica como "Clovis" (9.200–8.800 a.C.).<sup>39</sup> El principal sostén



dicha hipótesis es el sitio chileno de Monte Verde donde hacia 12.000 y 10.000 a.C. vivía un grupo humano que aprovechaba recursos costeros, algunos de ellos obtenidos a cierta distancia de este asentamiento situado en medio de bosques.<sup>40</sup>

Por fascinante y factible que sea la dispersión costera de poblaciones humanas del período glacial tardío, tanto “Clovis” como “pre-Clovis”, su comprobación por medio de datos arqueológicos se ve complicado doquier por el hecho de que la transgresión marina del Holoceno ha cubierto sedimentos que seguramente resguardan evidencia significativa. El hallazgo de la hoja de una punta de proyectil con rasgos tecnológicos “Clovis”, en sedimentos marinos cerca de la entrada del Canal de Panamá<sup>41</sup> y de restos fósiles de megafauna del Pleistoceno tardío en aguas adyacentes al Archipiélago de las Perlas,<sup>42</sup> es un aliciente para que se realicen investigaciones submarinas como las que, en Florida, han proveído abundante evidencia de cazadores y recolectores de la época “Clovis” en la plataforma continental sumergida.<sup>43</sup> Según investigaciones paleoecológicas, las zonas que habrían estado expuestas en el período glacial tardío en lo que hoy día son la Bahía de Panamá y Golfo de Chiriquí, habrían tenido una vegetación consistente en sabanas, herbazales, matorrales espinosos y bosques secos –hábitats apropiados para la cacería de megaherbívoros extintos–.<sup>44</sup> Además, datos recientes procedentes de la costa sur del Perú indican que no hay razón alguna por qué descartar la idea de que cazadores paleoindios de la época de “Clovis” aprovecharan recursos marinos, al igual que terrestres.<sup>45</sup>

### **Adaptaciones “costeras” e “interioranas”**

El Holoceno a partir del 7.000 a.C. brinda una mayor cantidad y calidad de datos sobre las relaciones entre los indígenas precolombinos y el mar a lo largo del litoral del Pacífico tropical oriental porque la desaceleración en el avance de los océanos estuvo acompañada de la formación de estuarios y deltas donde los recursos marinos son abundantes y al alcance de sociedades tecnológicamente sencillas.

En la década del cincuenta, el descubrimiento de concheros costeros tempranos en Panamá –como el precerámico Cerro Mangote y el cerámico Monagrillo (ocupados entre el 5.000 y 1.000 a.C.)– conllevó la hipótesis de que los grupos humanos que vivían en estos sitios ubicados en la línea de la costa de la Bahía de Parita, tenían un *modus vivendi* litoral basado en la recolección de plantas silvestres, moluscos y crustáceos, la pesca y la cacería de mamíferos que se encuentran en manglares y hábitats colindantes.<sup>46</sup>

Estos hallazgos estimularon a los arqueólogos a buscar sitios costeros por todo el litoral del Pacífico americano con el patrocinio de la Fundación Nacional de Ciencias de Estados Unidos de Norteamérica.<sup>47</sup> Aunque pocos estuvieron dispuestos a darle crédito a la hipótesis de los arqueólogos Meggers, Evans y Estrada, que sostenía que viajeros de la cultura “Jomon” de Japón, llevados por corrientes marítimas habían llevado la tecnología de la cerámica a la costa del Ecuador,<sup>48</sup> el hecho de que la mayoría de los sitios tempranos estudiados por ese entonces estuvieran muy cerca del mar condujo a que Willey los reuniese posteriormente en una “Tradición Litoral del Noroccidente de Suramérica”.<sup>49</sup>

Implícita en este paradigma de pueblos costeros antiguos y bastante uniformes culturalmente hablando fue la idea de que ellos no eran agricultores sedentarios. Willey tuvo el cuidado de no atribuir las similitudes de subsistencia y cultura material de su “tradición litoral” a contactos marítimos per se y, por la época en la que se editó su libro *An Introduction to South American Archaeology*, pensaba que las culturas cerámicas de esta tradición, como Validiva y Monagrillo, eran “mínima o incipientemente horticultoras”.<sup>50</sup> Otros arqueólogos atribuían un papel más importante a los contactos marítimos, a veces de manera muy radical o basados en observaciones someras y clasificaciones tipológicas de colecciones cerámicas realmente reducidas. Tal fue el caso del llamado complejo “Sarigua” –intuitivamente fechado por el 1.000 a.C.–<sup>51</sup> el cual, por encontrarse en algunos cuantos concheros en la costa de la Bahía de Parita, fue interpretado por algunos especialistas como evidencia de estaciones costeras ocupadas intermitentemente por viajeros cuyos cayucos surcaban las aguas del Pacífico.<sup>52</sup> Según investigaciones

más recientes, el conchero de Sarigua hallado por Willey y McGimsey no era una entidad ocupacional independiente, sino un basurero ubicado dentro de una aldea bastante extensa (tal vez > 50 has.) —el sitio que hoy en día se conoce como La Mula-Sarigua—.<sup>53</sup> Se ha demostrado, además, que muchos de los modos de la cerámica “Sarigua” —incisiones, estampados y modelados—<sup>54</sup> se remontan a mediados y finales del primer milenio a. C., siendo coetáneos con tipos policromados y producidos por grupos de agricultores cuyos asentamientos estaban distribuidos desde la costa del Pacífico del Panamá central hasta las estribaciones del Atlántico.<sup>55</sup>

Cuando en la década del setenta, Karen Stothert encontró una floreciente cultura precerámica en la Península de Santa Elena, Ecuador, cuyo patrón de enterramiento (envoltorios de huesos enterrados de modo secundario) e industria lítica eran parecidos a los que se habían descubierto en el también precerámico Cerro Mangote, parecía lógica su propuesta de que las dos áreas mantenían estrechos contactos entre sí en una gran “área de interacción precerámica”.<sup>56</sup> Stothert estaba convencida de que las gentes de la cultura “Las Vegas” no eran únicamente cazadores y pescadores porque los sitios donde vivían entre 8.000 y 6.600 años a.C. constaban de caseríos próximos a quebradas y pequeños ríos donde de acuerdo a evidencia paleobotánica se sembraban algunas especies de plantas domesticadas en suelos que retenían bien la humedad en esta zona semiárida. Desde entonces se ha hecho cada vez más evidente que la mayoría de las poblaciones que vivían entre aproximadamente el 8.000 y 1.000 a.C. desde el Panamá occidental hasta la costa del Ecuador aprovechaban el mismo conjunto de plantas (de acuerdo a condiciones ecológicas locales, desde luego), las cuales eran preparadas con artefactos parecidos, entre ellas un canto rodado desgastado por el uso en las orillas (“edge-ground cobble”, en inglés).<sup>57</sup> Algunas de estas plantas habrían de convertirse en baluartes de la arqueología neotropical de tierras bajas cuando los europeos irrumpieron en el escenario, entre ellas: el maíz (*Zea mays*), los zapallos (*Cucurbita spp.*), la yuca (*Manihot esculenta*), la batata o el camote (*Ipomoea batatas*), la tula (*Lagenaria siceraria*) y los ñames americanos (*Dioscorea, inter alios trifida*).<sup>58</sup>

Debe quedar claro que el hecho de alimentarse de plantas cultivadas, no convertiría a los pueblos indígenas en agricultores de espaldas al mar. Aun así, en lo que respecta al Panamá central, las especies de peces y crustáceos que predominan en las muestras arqueofaunísticas que representan el período 5.000–1.000 a. C., por ser típicas de aguas someras litorales, son fáciles de atrapar con sencillas trampas de barrera (o “atajos”) erigidas en hábitats estuarinos cuyo acceso ni siquiera requiere embarcaciones.<sup>59</sup> Para aquel entonces, fabricar cayucos apropiados para efectuar viajes largos por mar sin emplear hachas pulidas de basalto, habría resultado en una tarea demasiado laboriosa.<sup>60</sup> La orientación litoral de la pesca en el Pacífico de Panamá se mantendría hasta el contacto español cuando los cronistas relatan que el pescado seco y salado se trocaba entre cacicazgos y dentro de ellos. Tal y como mencionamos atrás, los caciques “Comogre” y “Pocorosa”, cuyos asentamientos principales se encontraban tierra adentro, tenían pueblos en la costa gracias a los cuales se mantenían de pescado. Personas llamadas “chorigra” –palabra indígena que significaba ‘súbdito’– acudían al “Real” (o mercado central) del pueblo de Natá, para rescatar pescado y cangrejos, por maíz.<sup>61</sup>

En la actualidad, algunos individuos que viven en pueblos litorales de la Bahía de Parita, como Aguadulce y Boca de Parita, se ocupan de salar y secar pescado al sol para luego revenderlo en localidades al interior de la Península de Azuero, Veraguas y Coclé.<sup>62</sup> Hallazgos de restos de moluscos y peces estuarinos en sitios arqueológicos coetáneos con Cerro Mangote y Monagrillo, localizados de 25 a 60 kilómetros de la línea de la costa, sugieren que este patrón comercial es antiguo. Se ha propuesto que los moradores del conchero de Monagrillo habrían tapado la salida al mar de la pequeña ensenada adyacente al sitio, ya completamente sedimentada, a fin de atajar algunas especies laguneras reportadas en las arqueofaunas de este asentamiento y de asentamientos coetáneos en las estribaciones.<sup>63</sup>

A resumidas cuentas, la economía del Panamá central durante el Precerámico Tardío y Cerámico Temprano (desde el 5.000 hasta el 1.000 a.C.), no era “costera” o “marítima”, sino mixta. Si bien es precisa la etiqueta “costeros” para sitios

como Cerro Mangote, la Cueva de los Vampiros y el conchero de Monagrillo —en un sentido estrictamente geológico— la población de la cual formaron parte vivía en asentamientos dispersos por las estribaciones del Pacífico y Atlántico del Panamá central donde practicaron una agricultura de tala y quema, que conllevaba la constante ocupación de tierras nuevas.<sup>64</sup> Una de las ventajas de un istmo angosto con estuarios productivos es la facilidad con la que sus recursos pueden ser preservados y transportados a zonas donde hay escasez de animales de caza y donde la fauna dulceacuícola es pobre en especies y biomasa.<sup>65</sup>

A medida que mejora nuestro conocimiento de desarrollo histórico de las economías locales y regionales y sus tecnologías, nos parece cada vez más verosímil que, antes del primer milenio a.C., las poblaciones precolombinas de la Baja América Central y regiones adyacentes de Suramérica hubiesen sido, en gran medida, autosuficientes y sus relaciones comerciales mayormente locales y concentradas en el intercambio de artículos de uso cotidiano. Sabemos que recibieron algunos productos que se originaron en áreas distantes varios días de camino (tales como las conchas marinas y huesos de manatí), pero el actual acervo de datos de campo arqueológicos hace temerario presumir que su dispersión haya sido primordialmente marítima. Hasta donde lo sabemos, la interacción de estas gentes precerámicas y alfareras tempranas con el mar se ceñía al aprovechamiento de hábitats contiguos a la costa donde tecnologías sencillas de pesca y recolección resultaban eficientes.

### **La inserción de los adornos personales en la economía: el caso del Panamá central**

En el trópico americano al sur de la zona maya, el surgimiento de sociedades complejas —con asentamientos permanentes, estructuras rituales y estratos sociales basados en jerarquías— se da en diferentes momentos de acuerdo a la región. Una de las áreas más precoces parece haber sido la costa del Ecuador donde por el cuarto milenio a.C. se desarrolló la cultura Valdivia.<sup>66</sup> Una mayor cantidad

de exploraciones arqueológicas en el pie de monte colombiano ofrecerían, quizás, evidencia de un desarrollo cultural parecido.

Para la Baja América Central, dicho cambio socioeconómico se detecta en tiempos más recientes, en el caso de Costa Rica y Panamá, durante el primer milenio a.C. Los datos presentados atrás constataron que la región cultural, la cual por estas fechas ya se puede identificar como “Gran Coclé”,<sup>67</sup> estuvo poblada por pequeños asentamientos dispersos en la costa y estribaciones del Pacífico, en la cordillera central y en la vertiente del Caribe, cuyo patrón de vida se basaba en la agricultura, tanto de huertas, como de tala y quema, la cacería y recolección y la pesca y en el intercambio local de los productos de cada actividad. De acuerdo a los resultados de las investigaciones paleoecológicas en lagos y ciénagas, la dispersión de esta población estuvo acompañada de perturbaciones severas de la cubierta vegetal y se supone, de la decreciente fertilidad de los suelos en las áreas de más longeva ocupación humana.<sup>68</sup>

Hacia finales del primer milenio a.C. aparecen novedosos artefactos, tales como las hachas pulidas de basalto, las navajas prismáticas de piedras silíceas, las manos y los metates cuidadosamente confeccionados.<sup>69</sup> Dichas innovaciones tecnológicas coincidieron con el desarrollo de algunos asentamientos cuyo tamaño, profundidad de depósitos culturales y densidad de artefactos hacen pensar que eran aldeas con varias hectáreas de extensión y poblaciones de varios centenares o millares de personas.<sup>70</sup> De ahora en adelante, la mayor parte de la población precolombina del istmo vivió en los valles intermontanos con fértiles suelos volcánicos o en los cursos bajos de los ríos principales en proximidad a estuarios productivos. Hasta tanto los datos arqueológicos no demuestren lo contrario, proponemos que estos cambios no estuvieron relacionados con la afluencia de gentes nuevas, sino con la intensificación y especialización de la producción de alimentos, como resultado de la interrelación entre una creciente población regional, la concentración de la misma en ciertas áreas que permiten el uso plurianual de los suelos y una mayor productividad de ciertas plantas, como el maíz.

Mencionamos atrás, que la metalurgia ya se había introducido a la Península de Azuero por el segundo siglo después de Cristo, o por tierra desde el Darién colombiano, o por mar desde la costa del Pacífico de Colombia y Ecuador. Se supone que las piezas más antiguas halladas en el istmo centroamericano –las que están reunidas en el “Grupo Inicial” de Bray– fueron, o traídas físicamente desde estas zonas, o fabricadas en territorio istmeño, tal vez por artesanos forasteros. En siglos subsiguientes hasta la conquista española, se encuentran en sitios centroamericanos algunos objetos de metal que, desde un punto de vista estilístico, son difíciles de distinguir de piezas halladas en Colombia. Sin embargo, las láminas a las que hicimos referencia cuando hablábamos de Colón y de “Veragua”, además de muchas figurillas hechas en moldes, llevan diseños que representan los mismos temas, o “textos”, que la cerámica regional de las mismas épocas.<sup>71</sup> Es cada vez más difícil aceptar la hipótesis propuesta por Carl Sauer y Mary Helms en las décadas del sesenta y setenta, la cual sostenía que los artesanos panameños sólo sabían producir sencillas piezas martilladas y adquirían en Colombia figuras fundidas en moldes las cuales, supuestamente, eran más “sofisticadas” y de contenido “esotérico”. Cuando un lector moderno enfrenta descripciones españolas de la fabricación de piezas de oro fundidas en dos pueblos de la vertiente del Pacífico de Panamá –los aposentos de los caciques “Cori” y “Comogre”– le quedan dos opciones: ¡creerlas o rechazarlas! Nosotros optamos por creerlas apoyándonos en el hecho de que, en el Museo de Antropología de Panamá, hay moldes malogrados usados para la fabricación de piezas de oro fundidas y que, en la vertiente del Caribe de Costa Rica, los indígenas talamanqueños aun hacían en el siglo XVII lo que los padres españoles llamaban “animalillos” con el método de la cera perdida.<sup>72</sup>

A juzgar por datos arqueológicos del Panamá central, la introducción de la metalurgia coincidió con una creciente preocupación dentro de las sociedades regionales por los adornos personales y por la relación simbólica de ellos con el estatus y el poder. Mientras los 90 muertos hallados en Cerro Mangote estuvieron acompañados de tan sólo un

adorno (un pendiente de concha),<sup>73</sup> a partir de la época cristiana, aumentan los casos de muertos enterrados, no sólo con artículos de uso diario como vasijas y herramientas de piedra, sino, también, con collares, pendientes, pulseras, narigueras, aretes y pecheras hechos de conchas marinas, huesos, dientes humanos y de animales, metal y piedras pulidas como ágata y sericita.

En “Gran Coclé”, el emplazamiento mortuorio que se diferencia de los demás es Sitio Conte, una auténtica necrópolis que data del 750 al 950 d.C.<sup>74</sup> La distribución de los adornos personales en la muestra de 100 sepulturas estudiadas en este sitio en los años treinta y cuarentas por S. Lothrop y A. Mason, alude a la existencia de algunas personas muy ricas, las cuales eran, sin excepción, hombres adultos. No cabe la menor duda que eran los líderes políticos de la unidad socio-política a la que Sitio Conte pertenecía, aunque la arqueología no puede informarnos si su éxito y riqueza dependía de la herencia, de la habilidad personal, o de una combinación de ambas. Un conocido documento español escrito en 1519 constata que una persona identificada como un cacique especialmente influyente –“Parita” o “Antatará”– fue ataviado para sus exequias con muchas piezas de oro, incluidas láminas como las descritas por Colón.<sup>75</sup> Ya se mencionó como para fines de la década de 1520 otro cacique de la misma zona cultural, “Pocoa”, salió a pelear con las tropas de Castilla engalanado desde la cabeza hasta los tobillos con piezas de oro.<sup>76</sup> Estamos hablando, por lo tanto, de una sociedad competitiva en la que la adquisición de grandes cantidades de adornos personales era un elemento importante del comportamiento social.<sup>77</sup> Exactamente dónde se conseguían estos adornos y los materiales usados en su confección, son interrogantes que han acaparado la atención de muchos especialistas deseosos de procurar explicar cómo surgieron las llamadas sociedades de rango en la América tropical.

Es interesante, que una de las principales categorías de adornos personales la cual está ausente de Sitio Conte, consta de pequeños objetos hechos de conchas marinas, las cuales demostraron ser abundantes, no obstante, en tres sitios cuyos enterramientos son más antiguos de aquel o

coetáneos: La Cañaza y El Indio (en el sur de la Península de Azuero), Playa Venado (cerca de la entrada del Canal de Panamá) y Cerro Juan Díaz.<sup>78</sup> En este último sitio, la mayor cantidad de alhajas fue hecha de conchas de los géneros *Spondylus* y *Pinctada* aunque, también, se aprovecharon algunos gasterópodos que habitan aguas submareales libres de sedimentos, como *Oliva*, *Terebra*, *Conus*, *Persicola* y *Prunus*.<sup>79</sup> P. Briggs sugirió que en los sitios azuerenses los artefactos de concha eran usados mayormente por niños y adolescentes lo que podría explicar su ausencia en Sitio Conte.<sup>80</sup> Cabe señalar, sin embargo, que bastantes cuentas de madreperla (*Pinctada*) se hallaron en Cerro Juan Díaz en una sepultura cilíndrica que albergó a dos personas adultas enterradas entre el 500 y 700 d.C.<sup>81</sup>

Aunque en la actualidad Cerro Juan Díaz se encuentra en el borde de un estuario franjeado por manglares, para la época en la cual los objetos de conchas marinas experimentaron su auge en este sitio (200–750 d.C.), el delta del río La Villa habría sido más pequeño y las zonas de aguas turbias menos extensas. Hay buenas razones para creer que algunos artefactos de *Spondylus* y *Pinctada* eran confeccionados en aquel mismo sitio ya que se ha encontrado un buen número de fragmentos de conchas de estos géneros, que demuestran haber sido cortados intencionalmente. También se hallaron perforadores de piedra muy parecidos a los que se usaron en Ecuador para trabajar el *Spondylus*,<sup>82</sup> además de grandes concentraciones de desechos de conchas que aluden a la existencia de talleres. En vista de que *Spondylus* requiere agua clara y substratos duros sería lógico presumir que la materia prima era importada a Cerro Juan Díaz desde hábitats apropiados localizados a cierta distancia de este asentamiento: en un trabajo anterior, propusimos que Isla Iguana, distante 55 kms, habría sido el lugar más cercano.<sup>83</sup> Esta idea la hemos tenido que modificar porque se ha comprobado la existencia de poblaciones actuales de *Spondylus* en un farallón (islot de piedra) que dista tan sólo 10 km de la desembocadura del río La Villa y menos de un kilómetro de la costa. Si bien la naturaleza y abundancia de los adornos hallados en las sepulturas prehispánicas en la Península de Azuero hacen pensar que la población de conchas que

proporcionaba la materia prima, debió haber sido muy sana –y con un buen número de individuos adultos– creemos, no obstante, que hace más de 1500 años, el farallón habría tenido una circunferencia más grande y aguas circundantes con menos sedimentos suspendidos, lo que habría privilegiado poblaciones aprovechables de *Spondylus* y *Pinctada*. Creemos ahora que resultaría osado presumir que los moradores de Cerro Juan Díaz tuvieran que realizar necesariamente viajes largos por mar en busca de conchas marinas para hacer adornos personales.

No obstante ello, otras líneas de evidencia indican que para el 500 d.C., las redes comerciales en la costa central del Pacífico, sí se ampliaron. Para esta fecha, se proliferaron asentamientos que usaban y probablemente confeccionaban cerámica tricroma del mismo estilo –“Cubitá”– la cual se encuentra en Cerro Juan Díaz en algunos rasgos mortuorios que también contenían artefactos de concha.<sup>84</sup> De estos sitios, el más grande y, se presume, el más influyente, era Playa Venado donde se excavaron en los años cincuenta casi cuatrocientas sepulturas.<sup>85</sup> A juzgar por colecciones de artefactos excavados por aficionados y albergados en museos norteamericanos, había en Playa Venado gente bastante rica, dueños de collares confeccionados con centenares de gasterópodos, principalmente *Oliva*, en tanto que algunos objetos tallados de *Spondylus* y *Pinctada* exhiben una impresionante exquisitez.

Otros sitios con cerámica del estilo “Cubitá” se encuentran a más distancia, en el Archipiélago de las Perlas la cual, en algunos casos, está asociada a grandes concheros.<sup>86</sup> Estos asentamientos fueron investigados en los años veinte por el sueco Sigvald Linné quien hizo la interesante observación de que la ausencia de ostiones perlíferos (*Pinctada mazatlanica*) en algunos concheros constituía evidencia negativa de que estos materiales, o eran regresados al mar por razones rituales, o eran “exportados”.<sup>87</sup> Seguimos creyendo, pues, que la adquisición y el intercambio de conchas marinas propias de arrecifes coralinos y aguas no estuarinas pudieron estar vinculados de manera causativa a la expansión de la tradición semiótica del “Gran Coclé” y de su cerámica tri y policromada hasta la zona central de la Bahía de Panamá y el Archipiélago de las Perlas a partir del 500 d.C.<sup>188</sup>

Evidencia de que el aprovechamiento y canje de las conchas marinas movilizaba el comercio marítimo y terrestre en el istmo recibe el apoyo de algunos documentos españoles del siglo XVI. Cuando Núñez de Balboa alcanzó la costa del Pacífico de la actual provincia del Darién, en setiembre de 1513, se percató de la existencia de un comercio de trueque entre comunidades situadas en ambas costas del istmo y entre tierra firme y el Archipiélago de las Perlas. El hecho de que “Dites”, el cacique de la isla más grande de las cuarenta en el archipiélago, canjeara con Gaspar de Morales una canasta de perlas por espejos, hachas y cascabeles de gavlán y que, posteriormente, se le impusiera un tributo anual de 100 perlas,<sup>89</sup> hace pensar en lo intensivo que debió ser el aprovechamiento precolombino del ostión perlífero, seguramente controlado al momento del contacto por el mismo “Dites”. En Cerro Juan Díaz y otros sitios azuerenses, las perlas se usaban ensartadas (según Rodrigo de Colmenares, los indígenas las dañaban “horadándolas”).<sup>90</sup> De la madreperla de la misma especie de concha se producían cuentas, pendientes y objetos grabados.<sup>91</sup> El cacique “Tumaco” quien llevó a Balboa a la isla de “Dites” en una canoa tenía canaletes adornados con madreperla.<sup>92</sup> En una de sus cartas, Balboa hace alusión al intercambio de perlas por oro en el pueblo principal de “Comogre” situado en el río Chucunaque. Otoque en la costa central del Pacífico es identificado, también, como isla perlera. Algunas especies de conchas marinas –se presume, gasterópodos alargados como Terebra– eran apreciadas en la costa de San Blas para hacer “cubrepenes”, costumbre observada, tanto por Fernández de Oviedo, como Pascual de Andagoya.<sup>93</sup> Oviedo también nos habla de las conchas de las que “hacen los indios quentas para sus sartaes é puñetes, aquellos llaman chaquira, muy gentil é colorado, que parescen corales”, descripción que parece referirse a Spondylus o, tal vez, Chama.<sup>94</sup>

### **¿....de ida y vuelta a Acapulco en balsas ecuatorianas?**

Aunque alabar las riquezas de pueblos lejanos fue, frecuentemente, un simple truco indígena para quitarse de

encima a los españoles, las palabras que el cronista Petro Martire pone en boca de los caciques “cueva” de la costa del Darién, “Panquiaco” y “Tumaco”, por poéticas que sean, hacen pensar que ellos sí estaban conscientes de la existencia en el sur de sociedades distintas a las propias. Hayan visto estos darienitas con sus propios ojos las bestias de carga y barcos de vela que supuestamente dibujaron para las tropas de Balboa, no lo constatamos, pero el hecho de que Pascual de Andagoya se topara en la costa pacífica colombiana con dos “comerciantes”<sup>95</sup> sugiere que navegantes provenientes del sur se acercaban a costas panameñas. La balsa de troncos que Bartolomé Ruíz abordara, en 1525, en la costa de Ecuador (Esmeraldas) llevaba grandes cantidades de conchas *Spondylus* e iba a Salango a buscar más. Dos de los navegantes les dijeron a los españoles que eran de Tumbes, en el Perú actual.<sup>96</sup>

Al parecer, los mercaderes de la región ecuatoriana conocida como Salangone ejercían un monopolio sobre la exportación de conchas *Spondylus* a los centros andinos en vísperas de la conquista, época por la cual artículos de estos ostiones espinosos eran de gran valor económico y religioso. Tanto *Spondylus* como *Strombus* eran importantes en los grandes centros tempranos de los Andes, como Cerro Narrío y Chavín y el hecho de que en Real Alto, durante el período Valdivia III (ca. 2700 a.C.), hubiera áreas de desvaste de conchas *Spondylus* —y muy pocos artículos terminados— sugiere que esta aldea participó en el sistema comercial que abastecía al Perú de materias primas. Aún así, los pueblos ecuatorianos no prestaron mucha atención a estas conchas marinas para hacer adornos personales de uso propio sino hasta postrimerías del segundo milenio a.C.<sup>97</sup>

El uso intensivo de *Spondylus* y *Pinctada* ocurrió un milenio más tarde en Mesoamérica que en los Andes. Estas conchas se insertaron en los sistemas de trueque en México durante el auge de sociedades influenciadas por el mundo simbólico olmeca,<sup>98</sup> en tanto que el hallazgo *Spondylus* en contextos rituales del Templo Mayor de Tenochtitlán, es una prueba de su importancia en épocas posteriores.<sup>99</sup>

Jorge Marcos especula que los indígenas de Panamá comerciaban con mercaderes ecuatorianos citando como

evidencia de la capacidad navegadora panameña, las canoas que de acuerdo a los cronistas llevaban hasta 50 o 60 personas. El uso de *Spondylus* y *Pinctada* para hacer grandes cantidades de adornos personales es mucho más reciente en el Pacífico panameño, que en Mesoamérica y el área Andina por lo que atribuir el inicio de esta costumbre a contactos con gentes foráneas es igual de razonable, que suponer que la orfebrería provino del sur. Sin embargo, el hecho de que los adornos de concha del Pacífico panameño comparten muchos íconos con la cerámica y orfebrería del "Gran Coclé" sugiere que eran confeccionados por artesanos locales. Dijimos atrás que en el caso de Cerro Juan Díaz, es posible que la adquisición de *Spondylus* no requería, forzosamente, de viajes largos por mar. Por lo tanto, nos parece que en última instancia, lo que determinaba el valor de dichos objetos en aquellas sociedades no era su procedencia sino el contenido simbólico de la materia prima dondequiera que se hubiese conseguido.

Al arqueólogo le compete procurar identificar la procedencia de los materiales y objetos que encuentra en las comunidades antiguas que investiga. A veces resulta menos complicado atribuir su origen a lugares distantes, que llevar a cabo estudios serios —de zoogeografía o de análisis de materiales, por ejemplo— los cuales sí logran determinar empíricamente la relación geográfica entre lugares de adquisición, producción y uso. A manera de ejemplo, la mayor proporción de dientes de felino hallados en las sepulturas de Cerro Juan Díaz corresponden al puma, especie que en la actualidad ya no existe en esta zona. Sin embargo, su presencia arqueológica no debería de interpretarse necesariamente como un indicio del intercambio con gentes distantes, si se toma en cuenta la probabilidad de que antes del período del contacto, este felino hubiera sido abundante en las sabanas arboladas cercanas a causa de las altísimas poblaciones de venados de cola blanca que eran cazadas por los indígenas locales.<sup>100</sup>

## La tecnología de navegación y pesca

Se sabe que los indígenas istmeños disponían de buenas canoas, no sólo para llevar a cabo el comercio costero e isleño, sino, también, como transporte cotidiano y para sus actividades bélicas. No hay duda de que muchos de las hachas de basalto y andesita que se encuentran en sitios panameños posteriores al 1.000 a.C. eran confeccionadas especialmente para el laborioso talle de los cayucos, un medio de transporte que resulta muy práctico en un istmo tan angosto repleto de caletas, ríos y pantanos además de favorecer el acceso al mar a través de los estuarios.<sup>101</sup> Los militares españoles se acogieron con entusiasmo a este método de transporte. Las canoas se confeccionaban, según un documento de 1515, a partir “de un palo solo”.<sup>102</sup> A pesar de que en las zonas estacionalmente áridas del Pacífico central, la vegetación es descrita por los cronistas que presenciaron la conquista como muy abierta –a veces hasta desprovista de arbustos–<sup>103</sup> había suficientes árboles grandes en los bosques de galería a lo largo de los ríos o en áreas montañosas para la confección de cayucos de buen porte.<sup>104</sup> En las primeras décadas de la colonia, los españoles tenían pequeños astilleros en varios ríos de Azuero (Santa María, Parita, La Villa, Mensabé), cerca de Panamá (Caimito, Perequeté) y, lo que es realmente interesante, en el archipiélago de las Perlas.<sup>105</sup> En la costa del Caribe, la canoa parece haber sido el medio de transporte usual. En la región de Urabá, la palabra indígena para este artefacto a principios del siglo XVI era ulu, la misma de la lengua kuna moderna.<sup>106</sup> Muchas referencias del período de contacto indican que las canoas transportaban guerreros para efectuar ataques repentinos contra comunidades enemigas. Según Gaspar de Espinosa, el cacique de la isla de Cébaco, en el Golfo de Montijo, llevó dieciocho canoas cuando atacó el asentamiento de un enemigo en tierra firme.<sup>107</sup>

Por otro lado, descripciones españolas del temprano siglo XVI hacen pensar que la pesca en el Pacífico no difería de la practicada por comunidades más antiguas en la Bahía de Parita y Chiriquí cuyas arqueofaunas han sido estudiadas: enfocaba ríos, bocanas y aguas someras, donde se

trabajaba con redes, trampas y, ocasionalmente, anzuelos. Estos recursos litorales eran lo suficientemente abundantes y previsibles como para hacer imprácticos los viajes pesqueros a larga distancia como los que efectuaban los pescadores precolombinos del Perú y del Ecuador.<sup>108</sup> Hablando de los cueva del Darién y San Blas, Oviedo comenta que “donde quiera que hay mar é rio hay pescados é pescadores; y estos indios de Cueva son muy dados á este exerçio de las pesquerias”. Según este cronista, el pescado era el “principal mantenimiento”, porque representaba “menos trabaxo que las salvaginas de puercos é venados, que tambien matan é comen. É assi en la pesquería como en la montería, se aprovechan mucho de las redes, que haçen de henequen é cabuya é assimesmo de algodón hay bosçages é matas grandes como árboles dello”.<sup>109</sup> Gaspar de Espinosa observó el uso de redes en el territorio del cacique Taboren (entre La Chorrera y Chame) diciendo que allí “no hallamos indio ninguno más de mucha abundancia de pescados y tanto que en dos horas sin mentir se pescaron dos mil arrobas de pescado de manera que a lo que nos parecia había más que agua”.<sup>110</sup> Una forma peculiar de pescar fue observada por Oviedo en la isla de Taboga, también en el Pacífico: en ciertos meses del año nos dice que “se acercaban agujas paladares a la playa en ciertos meses é tras ellas, muchos tiburones é marrazos... para se los comer. É vienen las agujas huyendo á la playa hasta tierra... é pónense en banda los indios con sendos palos en las manos é matan a palos muchas dellas”.<sup>111</sup> Fernando Colón por su parte, nos ha dejado una descripción amena de como los indígenas de la costa de Veragua pescaban en formas ingeniosas con canoas por los ríos.<sup>112</sup>

Aunque no hay información sobre la pesca en las islas y zonas coralinas del Pacífico, dudamos que los pescadores locales hubiesen desarrollado una tecnología marítima adecuada para aprovechar los cardúmenes de especies epipelágicas que en la actualidad son aprovechadas por embarcaciones motorizadas. No hay mención de botes de vela en crónicas del período del contacto y se presume que los indígenas kunas adoptaron tal medio de los navegantes europeos.

## Conclusión

El tema de los contactos sociales externos en el ámbito precolombino de las sociedades de la Baja América Central sigue siendo objeto de polémica y especulación. Resultaría equívoco asumir que las sociedades ístmicas constituían estructuras aisladas al margen de cambios o eventos continentales. La introducción de ciertos cultivos como el maíz y la agricultura de roza basada en él tuvieron de hecho, consecuencias sociales importantísimas en el desarrollo local, posiblemente hasta desplazamientos de poblaciones desde tierras extraístmeñas.<sup>113</sup> Ya hemos demostrado por medio de fuentes documentales que el istmo panameño no fue la excepción de contactos de larga distancia e inclusive de migraciones venidas de tierras mesoamericanas por el Atlántico. Se ha establecido la existencia de lazos lingüísticos entre los idiomas costarricenses bribri y cabécar con otros de la Sierra Nevada de Santa Marta en Colombia, lo que robustece la hipótesis acerca de los contactos en tiempos precolombinos entre estas dos regiones.<sup>114</sup>

Algunos autores han hecho énfasis, también, en una posible relación entre la difusión de la orfebrería a través del istmo en la primera mitad del presente milenio y la creciente influencia o expansión física de pueblos de habla chocoana hacia el este en Panamá.<sup>115</sup>

Insistimos, sin embargo, en lo dificultoso que es probar por medio de datos arqueológicos el carácter y la magnitud de las relaciones sociales entre las comunidades indígenas. El problema deriva en factores tales como la pobre contextualización arqueológica de determinados artefactos especiales, como por ejemplo el oro, el cual ha inspirado tantas especulaciones sobre sistemas comerciales internacionales en la Baja América Central y norte colombiano. Otra limitante que ya hemos señalado es la dificultad en establecer el origen específico de muchos materiales supuestamente “exóticos” por desconocimiento acerca de su disponibilidad durante el período precolombino cuando la distribución de hábitats a lo largo del istmo habría sido bastante distinta a la actual.

Pese a lo anterior, el actual bagaje de datos sustanciales sobre el desarrollo socioeconómico local nos indica una tendencia hacia la estabilidad territorial la cual inició por lo

menos desde la lejana época del Precerámico. Gracias a una economía mixta propiciada por abundantes y accesibles recursos litorales, las aldeas agrícolas habrían alcanzado un buen nivel de autosuficiencia. Por su parte, la cultura material, desde el punto de vista tecnológico y cognoscitivo, acusa un conservadurismo que prácticamente se prolongó hasta el contacto europeo lo cual alude a un desarrollo primordialmente endógeno. La permanencia histórica de estos grupos está demostrada, además, por datos lingüísticos y genéticos que han establecido que las actuales etnias panameñas que hablan idiomas chibchenses y chocoanos son poblaciones de antiquísimo arraigo cuya disgregación cultural y demográfica tuvo lugar, al parecer, en el circunscrito territorio del sur de la América Central y norte de Sudamérica.<sup>116</sup>

La geografía cultural precolombina de Panamá, pese a la configuración más o menos rígida de tradiciones culturales diferenciadas históricamente al menos en los últimos 2000 años, muestra que el litoral del Pacífico habría sido vía para la ampliación de la relaciones sociales dada la particular homogeneidad cultural que exhiben sitios distribuidos en el Pacífico central y oriental. Los contactos históricos entre estas comunidades están claros y sus consecuencias sociales parecen ser más profundas a las de un simple intercambio. Ya hablamos de que posiblemente el aprovechamiento de determinadas conchas marinas, el cual se prolongó hasta la época de la conquista, habría sido el acicate de esta situación. Dada la distribución de hábitats de conchas de *Pinctada* y *Spondylus* en puntos específicos del litoral no sería exagerado suponer que esta relaciones sociales involucrarán la mayor parte de la costa del Pacífico, incluyendo los golfos de Chiriquí y de San Miguel. Dudamos, sin embargo, por las razones anteriormente mencionadas que el litoral Pacífico de Panamá haya sido un escalón o apéndice del comercio trans-Pacífico que, según algunos especialistas, mantuvieran por mucho tiempo mercaderes ecuatorianos con pueblos mexicanos.

El hecho de que se hubiese establecido alguna clase de relaciones extracomunales en ciertos períodos, no indica necesariamente que la apertura comercial o de otra índole

con pueblos cercanos, pero culturalmente distintos, haya marcado la tónica. Regiones culturales específicas, como la del "Gran Coclé" en el Panamá central, se han caracterizado por exhibir cierto hermetismo el cual está reflejado por la poca frecuencia, aún en los sitios arqueológicos más complejos y mejor estudiados de la región, de artefactos inusitados en cuanto a su material, tecnología o contenido temático.<sup>117</sup> Ello contrasta con lo que se puede observar en otras áreas del istmo centroamericano, como en el caso de Costa Rica por ejemplo, en donde artículos tales como vasijas policromadas eran exportados desde la Gran Nicoya en el occidente del país hasta la meseta central y Pacífico Sur del país.

Por su parte, los datos arqueofaunísticos de muchos sitios estudiados de la vertiente del Pacífico indican que los indígenas no solían incursionar mar adentro en busca de especies epipelágicas. Al parecer, los recursos estuarinos y litorales eran lo suficientemente abundantes y accesibles. En sustento de ello, otros artículos de carácter suntuario de trascendental importancia en los sistemas políticos e ideológicos de los indígenas panameños –las conchas marinas y el oro– eran también bienes disponibles dentro de su mismo ámbito geográfico y lo siguen siendo aún en nuestros días. Por consiguiente, resultaría osado suponer, que los indígenas panameños en tiempos precolombinos hubiesen utilizado una tecnología de transporte y pesca superior a la canoa.

## Notas

1. Collins, Laurel S. y Anthony G. Coates. El capítulo de introducción de A Paleobiotic Survey of Caribbean Faunas from the Neogene of the Isthmus of Panama. Editado por Laurel S. Collins y Anthony G. Coates. *Bulletins of American Paleontology* No. 357, Paleontological Research Institution / Panama Paleontology Project Ithaca, N.Y. 1999.
2. Dillehay, 1997, 2000.
3. Sandweiss et al., 1998. La primacía de los asentamientos costeros en el proceso colonizador de América se apoya en algunos estudios lingüísticos, p. e. Nichols 1990.
4. Ver, p. e. Linares y Ranere 1980.

5. Piperno y Pearsall. 1998.
6. Colón. En: Jane 1988. pp. 79-111.
7. Keen. 1959.
8. Fernández de Oviedo (1853:118) dice lo siguiente: “es costumbre en aquellas partes que los caciques é hombres principales traygan en la batalla alguna joya de oro en los pechos ó en la cabeza ó en los braços, para ser señalado é conosciidos entre los suyos é aún entre sus enemigos”, cf Lothrop 1937. pp. 115-129.
9. Cooke. 2000.
10. Diego Méndez. En: Jane 1988:117; Porras 1984 (“...su poblacion era la mejor que avía en la costa e de mejores casas de muy buena maderá, todas cubiertas de fojas de palmas...”).
11. Diego Méndez. En: Jane 1988. pp. 117.
12. Andagoya. En: Jopling 1994. pp. 32.
13. Torquemada. 1969, I: 333.
14. Constenla. 1991.
15. Discusiones sobre los siguas, su origen y sus relaciones sociales, se encuentran en, inter alios, Fernández Guardia 1969, Lothrop 1942, Torres de Araúz 1978 y Torres de Araúz y Arosemena 1975. Los documentos originales se pueden consultar en León Fernández 1886.
16. Castellero Calvo. 1995. pp. 313.
17. Lothrop. 1952.
18. Bray. 1997.
19. Cooke. 2000.
20. Lothrop. 1950: figuras 142 y 143.
21. Ferández de Oviedo. 1853. pp. 140.
22. A manera de ejemplo, Espinosa cuenta que el cacique panameño “Caubaco” se quejó de que otros caciques le habían quitado piezas de oro, en tanto que después de la muerte de “Antatará”, “Quema” pretendía robar el oro de su rival político “Queco”. En: Jopling, 1994, pp. 56, 72).

23. Cooke y Ranere. 1989 1992; Ladd 1964.
24. Cooke. 2000; Sánchez y Cooke. 2000.
25. Fernández de Oviedo. 1853. pp. 9, 37, 58; ver, también, Helms, 1979. pp. 41.
26. Shimada. 1994.
27. Tal es el caso de un pendiente de concha hallado en Cerro Juan Díaz, Panamá. (Cooke y Sánchez 1998:figura 6d; Cooke et al. 2000, figura 8.7 u).
28. Bray. 1992; Bray y Cooke. 1985.
29. Plazas. En: Quilter, editor, 2001.
30. Cooke y Sánchez. 1998: figura 5.
31. Cooke et al. 2000.
32. Isaza. 2000.
33. Cooke y Sánchez. 1998: figura 8 d; Cooke et al. 2000: figura 8.8f.
34. Scott y Bray. 1994.
35. Helms. 1979. pp. 165; Ichon. 1980. pp. 197, 321.
36. Linné. 1929: figura 51 f.
37. Bray. 1984.
38. Hosler. 1998.
39. Cooke. 1998, Dillehay. 2000.
40. Dillehay. 1997, 2000.
41. Bird y Cooke. 1977, 1978.
42. En el laboratorio de arqueología del Instituto de Investigaciones 'Smithsonian' se encuentra un molar de gonfoterio inmaduro, el cual se halló en una red de arrastre, según el capitán del barco pesquero, a una profundidad de "50 brazas".
43. Dunbar et al., 1991. El descubrimiento entre un grupo de artefactos de piedra hallados en Lago Alajuela por Junius Bird de lo que

parece ser la parte media de una punta de proyectil 'joboide' parecida a las que se reportaron en Monte Verde y sitios venezolanos (Taima-Taima, Paraguaná y Estado Lara) (Ranere y Cooke 2000) sugiere que sí había poblaciones humanas en el istmo centroamericano antes del 9 000 a.C. aunque, cabe destacar, que Lago Alajuela se encuentra en el centro del istmo y no en la costa.

44. Piperno y Pearsall, 1998: figura 4.2. Investigaciones dirigidas por el arqueólogo canadiense George Pearson, actualmente en curso, han descubierto artefactos "Clovis" muy cerca de un yacimiento lacustre de restos de algunas especies de megamamíferos que eran cazadas por humanos pleistocénicos en Suramérica. Estos sitios están localizados cerca de Ocu en el lado este de la Península d Azuero, 30 km al oeste de La Mula-Sarigua donde ya se documentó un taller-campamento culturalmente afiliado con "Clovis", (Cooke, 1998; Ranere y Cooke, 1995, 1996).
45. Sandweiss et al., 1998.
46. Cooke. 1995; McGimsey, 1956; McGimsey et al., 1986/7; Willey y McGimsey, 1954; Ranere y Hansell, 1978.
47. Este proyecto se llamó: "Interrelationships of New World Cultures".
48. Meggers, Evans y Estrada. 1965.
49. Willey. 1971. pp. 262-277.
50. Willey. 1971. p. 275.
51. Baudez. 1963.
52. Willey y Phillips. 1954.
53. Hansell 1988; Cooke 1995; Griggs 2000.
54. Willey y McGimsey. 1954.
55. Cooke. 1995; Griggs. 2000.
56. Stothert. 1985; Piperno y Pearsall. 1998. pp. 198.
57. Cooke. 1992; Ranere 1975, 1980, 1992; Ranere y Cooke. 1995, 1996.
58. Piperno y Pearsall 1998:plate 4.3, Ranere 1992.
59. Cooke. 1992; Cooke y Ranere 1999.

60. Carvajal 1999; Cooke 1992; Cooke y Ranere 1994, 1999; Cooke y Tapia 1994; Jiménez 1999; Jiménez y Cooke en prensa.
61. Espinosa. En: Jopling 1994, pp. 49.
62. Zohar y Cooke. 1997.
63. Cooke. 1995; Willey y McGimsey 1954.
64. Griggs. 2000.
65. Pocas especies dulceacuícolas panameñas alcanzan pesos mayores a los 300 g , p. ej., *Hypostomus panamensis*, *Rhamdia* spp., *Hoplias* spp., *Sternopygus dariensis* y –únicamente en la vertiente del caribe– *Joturus* [la “bocachica”]). Dos géneros eleótridos de origen marino, abundantes en los cursos bajos de los ríos –Eleotris y Dormitator– exceden 1 kg. Mayores tamaños son alcanzados por varias especies de róbalo (*Centropomus*) y dos roncodores (*Pomadasys bayanus* [Pacífico] y *P. crocro* [Atlántico]), los cuales remontan ríos periódicamente (Cooke y Tapia 1994).
66. Marcos. 1988.
67. Sánchez. 2000.
68. Cooke. 1992; Cooke y Ranere. 1992; Piperno y Pearsall. 1998. pp. 209-227.
69. Cooke. 1984; Hansell 1988; Linares y Ranere 1980.
70. Cooke y Ranere 1992; Hansell 1988; Sánchez. 2000. En el Panamá occidental y áreas adyacentes de vosta Rica (“Gran Chiriquí”) se evidencia un patrón parecido por las mismas fechas. (Ver Corrales, 2000; Linares et al., 1975; Linares y Ranere 1980).
71. Bray 1992; Cooke y Bray 1985; Cooke 2000; Sánchez y Cooke 1998.
72. Cooke. 2000.
73. McGimsey et al., 1986/87.
74. Briggs 1989; Cooke et al. 2000; Hearne y Sharer 1992; Lothrop 1937, 1942a.
75. Esta descripción (Jopling 1994:) ha sido citada frecuentemente: e.g., Cooke, 2000; Lothrop, 1937; Helms, 1979.
76. Jopling, 1994: Lothrop, 1950.

77. Linares. 1977.
78. Se han encontrado bellos objetos de *Spondylus* en Panamá Viejo cuyo fechamiento está incierto.
79. Cooke. 1998; Cooke y Sánchez 1998.
80. Briggs. 1989, 1992.
81. Cooke y Sánchez. 1998; Cooke et al. 2000.
82. Masucci. 1995.
83. Cooke. 1998.
84. Sánchez y Cooke. 2000.
85. Bull 1958; Lothrop 1954, 1956; Lothrop et al. 1957; Sander et al. 1958.
86. Linné. 1929; Sánchez y Cooke 2000.
87. Linné. 1929:131.
88. Cooke. 1998; Cooke y Sánchez. 1998; Cooke et al., 2000.
89. Martyr. 1912.
90. de Colmenares. En: Jopling 1994. pp. 41.
91. Cooke y Sánchez. 1998.
92. Martyr. 1912.
93. Fernández de Oviedo. 1853, p. 126 ("los indios de Cueva... andan desnudos, y en su miembro viril un caracol de pescado ó un cañuto de madera, é los testigos de fuera"); Andagoya, en Jopling, 1994, p. 29 ("...los hombres traían sus naturas metidas en unos caracoles de la mar de muchos colores muy bien hechos, y con unos cordones asidos del caracol que se ataban por los lomos: con estos podían correr y andar muy sueltos, sin que por ninguna vía se les pareciese cosa alguna de su natura, salvo los genetivos, que estos no cabían en el caracol: estos caracoles eran rescates entre ellos para la tierra adentro, porque si no era en esta costa en ninguna otra provincia los había...").
94. Fernández de Oviedo. 1853, pp. 7.

95. Anderson. 1912. pp. 176.
96. Caillavet. 1998.
97. Marcos. 1986. pp.169 y 173.
98. Pires Ferreira. 1975 y 1976.
99. Matos Montezuma. 1988.
100. Cooke. 1992.
101. Cooke. 1998. pp. 82.
102. de Colmenares. En: Jopling, 1994. pp. 41, Martyr, 1912. pp. 288.
103. Espinosa. En: Jopling 1994. pp. 67 refiriéndose al camino que conducía del río Santa María ("Escoria") a la sierra veragüense oriental ("Esqueba").
104. Espinosa, en su crónica de 1516. En: Jopling 1994. pp. 55 describe el paisaje del litoral del Pacífico desde el sur de Azuero ("Guararé") hasta el río Chucunaque ("Comogre", en estos términos: "tierra tan llana como la palma muy sana y toda sabana y sin montes más de las arboledas que hay en los ríos" . En el mismo documento Espinosa relata que en "Guararé" "habían hallado muy buenos árboles para hacer canoas...". En: Jopling 1994, pp. 52.
105. Jopling. 1994. pp. 80, 322, 323.
106. Jopling. 1994.
107. Jopling. 1994. pp. 56.
108. Cooke. 1992b.
109. Oviedo. 1853. pp. 136.
110. En: Jopling 1994. pp. 57.
111. Oviedo. 1849.
112. Keen. 1959.
113. Cooke y Ranere. 1992; Linares. 1977a, 1979.
114. Constenla. 1991; Fonseca. 1992.

115. Romoli. 1987 y Bray. 1984.
116. Cooke y Ranere 1992b, Constenla. 1985 y Barrantes et al., 1990.
117. Cooke. 1976, Cooke y Sánchez. 1999.

## Referencias bibliográficas

- Anderson, C.L.G., *Old Panama and Castilla del Oro*. Boston, The Page Co., 1914.
- Baudez, Claude, "Cultural development in Lower Central America", en: B.J. Meggers y C. Evans. (Eds.). *Aboriginal Cultural Development in Latin America*. Smithsonian Miscellaneous Collection 146(1), Washington D.C.
- Bray, Warwick M, "Maya metalwork and its external connections", en: N. Hammond. (Ed.). *Social Process in Maya Prehistory*. Londres: Academic Press., 1977, pp. 365-403.
- , "Across the Darién Gap: a Colombian view of Isthmian Archaeology", en: F.W. Lange y D.Z. Stone. (Eds.). *The Archaeology of Lower Central America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1984, pp. 305-338.
- , "Sitio Conte metalwork in its pan-American context", en: P. Hearne y R. J. Sharer. (Eds.). *River of Gold: Precolumbian Treasures from the Sitio Conte*. Filadelfia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 1992, pp. 33-46.
- , "Metallurgy and anthropology: two studies from prehispanic America", en: *Boletín del Museo del Oro*. Colombia. 42: 1997, pp. 37-55.
- Briggs, Peter S. Art, *Death and Social Order: the Mortuary Arts of Pre-Conquest Central Panama*. British

*Archaeological Reports* (International Series 550).  
Oxford, 1989.

Bull, Thelma, "Excavations at Venado Beach, Canal Zone, Panama", en: *Panama Archaeologist*. 1: 1958, pp. 6-14.

\_\_\_\_\_, "An urn burial at Venado Beach, Canal Zone, Panama". En: *Panama Archaeologist*. 4: 1961, pp. 42-47.

Caillavet, Chantal, "Conchas marinas y rutas de intercambio prehispánico en los Andes septentrionales". En: F. Cárdenas-Arroyo y T. Bray. (Eds.). *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva*. Santa Fé de Bogotá: Universidad de los Andes. 1998. pp. 67-83.

Castillero Calvo, Alfredo, *Conquista, Evangelización y Resistencia*. Panamá: Instituto Nacional de Cultura, Dirección Nacional de Extensión Cultural. 1995.

Columbus, Ferdinand, *Archaeology of Southern Veraguas, Panama*. En: S. K. Lothrop, *Memoirs Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 9 (3). Cambridge: Harvard University. 1950.

Constenla, Alfredo, *Las lenguas del Area Intermedia: Introducción a su Estudio Areal*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. 1991.

Cooke, Richard, "Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la Baja Centroamérica y partes de Colombia (Región Histórica Chibcha-Chocó)". En: *Revista de Arqueología Americana*. 6: 1992a, pp.35-70.

\_\_\_\_\_, "Prehistoric nearshore and littoral fishing in the eastern tropical Pacific: an ichthyological evaluation". En: *Journal of World Prehistory*. 6: 1992b., pp.1-49.

\_\_\_\_\_, "Preliminary observations on vertebrate food avoidance by the Precolombian Amerinds of Panama,

- with comments on the relevance of this behaviour to archaeozoology and palaeoenvironmental reconstruction". En: O. Ortiz-Troncoso y T. van der Hammen. (Eds.). *Archaeology and Environment in Latin America*. Instituut voor Pre- en Protohistorische Archeologie Albert Egges van Giffen. Universiteit van Amsterdam. Amsterdam. 1992c, pp. 59-107.
- , "Monagrillo, Panama's first pottery (3800-1200 cal bc): summary of research (1948-1993), with new interpretations of chronology, subsistence and cultural geography". En: J. Barnett y J. Hoopes. (Eds.). *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*. Washington D. C.: Smithsonian Institution Press. 1995. pp. 169-184.
- , "Cupica (Chocó): a reassessment of Gerardo Reichel-Dalmatoff's fieldwork in a poorly studied region of the American tropics". En: J. S. Raymond y A. Oyuela. (Eds.). *Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes*. Los Ángeles: UCLA Institute of Archaeology. Monograph 39. 1998a. pp. 91-106.
- , "Human settlement of Central America and Northern South America, 14,000 - 8,000. B.P.". En: *Quaternary International*. 49/50: 1998b, pp.177-190.
- Cooke, Richard G. y Warwick M. Bray, "The goldwork of Panama: an iconographic and chronological perspective". En: J. Jones. (Ed.). *The Art of Precolumbian Gold: the Jan Mitchell Collection*. Londres: Weidenfield and Nicholson. 1985. pp. 35-49.
- Cooke, Richard G., Lynette Norr y Dolores R. Piperno, "Native Americans and the Panamanian landscape: harmony and discord between data sets appropriate for environmental history". En: E. J. Reitz, L. A. Newsom y S. J. Scudder. (Eds.), *Case Studies Environmental Archaeology*. Plenum Press. 1996. pp. 103-126.

Cooke, Richard G. y Anthony J. Ranere, "Human influences on the zoogeography of Panama: an update based on archaeological and ethnohistorical evidence", en: S. P. Darwin y A. L. Welden, (Eds.). *Biogeography of Mesoamerica. Proceedings of a Symposium*. Mérida, Yucatán, México, October 26-30, 1984. Special Publication of the Mesoamerican Ecology Institute. 1992a, pp. 21-58.

———, "The origin of wealth and hierarchy in the Central Region of Panama (12,000-2,000 B.P. with observations on its relevance to the history and phylogeny of Chibchan-speaking polities in Panama and elsewhere. En: F. Lange. (Ed.). *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*. Washington D. C.: Dumbarton Oaks. 1992b. pp. 243-316.

———, "Precolumbian fishing on the Pacific coast of Panama". En: M. Blake. (Ed.), *Pacific Latin America in Prehistory: the Evolution of Archaic and Formative Cultures*. Pullman: Washington State University Press. 1999. pp. 103-122.

Cooke, Richard G. y Luís Alberto Sánchez H., "Coetaneidad de metalurgia, artesanías de concha y cerámica pintada en cerro Juan Díaz, Panamá". En: *Boletín del Museo del Oro* (Colombia) 42: 1998. pp. 57-85.

Cooke, Richard G., Luís Alberto Sánchez H. y Koichi Udagawa, "Contextualized goldwork from 'Gran Cocle', Panama: an update based on recent excavations and new radiocarbon dates for associated pottery styles". En: Colin McEwan. (Ed.). *Precolumbian Gold: Technology, Style and Iconography*. Londres: British Museum Press. 2000. pp. 154-176.

Cooke, Richard G., G. Tapia R., "Marine and freshwater fish amphidromy in a small tropical river on the Pacific coast of Panama: a preliminary evaluation based on gill-net and hook-and-line captures". En: W. van Neer.

(Ed.), *Fish Exploitation in the Past. (Proceedings of the 7th Meeting of the ICAZ Fish Remains Working Group)*. Annales du Musée Royale de l'Afrique Centrale, Sciences Zoologiques. 274, 1994, pp. 99-106.

Díaz, Claudia, *Estudio Bio-Antropológico de Rasgos Mortuorios de la Operación 4 del Sitio Arqueológico Cerro Juan Díaz, Panamá Central*, tesis de Grado, Universidad de los Andes, Santa Fé de Bogotá, 1999.

Dillehay, T.D., *Monte Verde: a Late Pleistocene Settlement in Chile*, vol 2: the Archaeological Context and Interpretation. Smithsonian Institution Press, Washington DC, 1997.

\_\_\_\_\_, *The Settlement of the Americas: a New Prehistory*. New York: Basic Books, 2000

Dunbar, James, S. Dabid Webb y Michael Faught, "Inundated prehistoric sites in Apalachee Bay, Florida, and the search for the Clovis shoreline". En: L. L. Johnson y M. Stright. (Eds.). *Paleoshorelines and Prehistory: an Investigation of Method*. Bopca Raton: CRC Press., 1991, pp. 117-146.

Fernández Guardia, Ricardo, *Reseña Histórica de Talamanca*. San José: Imprenta Nacional. 2a edición, 1969.

Fonseca, Oscar, *Historia Antigua de Costa Rica: Surgimiento y Caracterización de la Primera Civilización Costarricense*. San José: Colección Historia de Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992.

Griggs, John C., *Archaeological Survey and Testing in the Belén River Valley, Panama*. Tesis de Maestría inédita. Corpus Christi: Texas Tech University, 1995.

\_\_\_\_\_, "Pre-Columbian occupation of the most Caribbean slopes of central Panama". En: 65 reunión anual de la 'Society for American Archaeology', Filadelfia, 2000.

- Hearne, Pamela. R.J. Sharer (Eds.), *River of Gold: Pre-Columbian Treasures from the Sitio Conte*. Filadelfia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 1992.
- Helms, Mary W. *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. Austin: University of Texas Press, Austin, 1979.
- Hosler, Dorothy, "Los orígenes andinos de la metalurgia del occidente de México". En: *Boletín de Museo del Oro*. 42: 1998, pp. 3-26.
- Ichon, Alain, *Tipos de Sepultura Precolombina en el Sur de la Península de Azuero*. *Publicación Especial de la Dirección Nacional de Patrimonio Histórico*. Instituto de Cultura. Editora de la Nación, Panamá, 1975.
- \_\_\_\_\_, *L' Archéologie du Sud de la Péninsule d' Azuero, Panama. Études Mésoaméricaines - Serie II*, México D.F., Mission Archéologique et Ethnologique Française au México, México D.F., 1980.
- Isaza, Ilean, "La orfebrería precolombina de Panamá: reporte de los análisis metalográficos realizados en cuatro objetos de metal procedentes de Cerro Juan Díaz". En: Trabajo presentado para: "Materials in Ancient Societies: Metals". Seminario dictado por la Prof. Heather Lechtman y el Dr. Thomas Tartaron, 2000.
- Jane, Lionel C. (Ed.), *The Four Voyages of Columbus*, Toronto: Dover, 1988.
- Keen, Benjamin, (traductor y editor), *The Life of the Admiral Christopher Columbus by his Son Ferdinand*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1959.
- Jopling, Carol F., *Indios y negros en Panamá en los Siglos XVI y XVII: Selecciones del Archivo General de Indias*. Antigua, Guatemala: Centro de Investigaciones

Regionales de Mesoamérica y Plumsock Mesoamerican Studies, South Woodstock, Vermont, 1994.

Ladd, John, "Archaeological investigations in the Panama Santa María zones of Panama". En: *Smithsonian Institution Bureau of the American Ethnology*, 193. Washington DC. 1984.

Lange, Frederick W., Elite participation in pre-Columbian ceramic transfer in Costa Rica. En: Esther Soto and Winifred Creamer, editoras, *Interregional Ties in Costa Rica*. Oxford: BAR. 1984. pp. 143-178.

León Fernández, D. Lic., "Colección de Documentos de Historia de Costa Rica". En: *Documentos españoles sobre los límites entre Colombia y Costa Rica*. París: Pablo Dupont. 1886.

Linares, Olga F., "Adaptive strategies in western Panama". En: *World Archaeology* 8: 1977a, pp. 304-319.

\_\_\_\_\_, "Ecology and the Arts in Ancient Panama: on the development of Rank and Symbolism in the Central American highlands". En: *Studies in Precolumbian Art and Archaeology* 17. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, 1977.

\_\_\_\_\_, "What is Lower Central American Archaeology?". En: *Annual Review of Anthropology* 8: 1979, pp. 1-22.

Linares, Olga F., A.J. Ranere. (Eds.), *Adaptive Radiation in Prehistoric Panama. Peabody Museum Monograph* 5. Cambridge: Harvard University Press, 1980.

Linares, Olga F., Payson D. Sheets y E.Jane Rosenthal, "Historic agriculture in tropical highlands". En: *Journal of Archaeological Science* 187: 1975, pp. 137-45.

Linares de Sapir, Olga F., *Cultural Chronology of the Chiriquí*. Washington D. C.: Smithsonian Contributions to Anthropology, 8, 1968.

Lothrop, Samuel K., "Coclé: an archaeological study of central Panama, Part 1". En: *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 7, 1937.

\_\_\_\_\_, "Coclé: an archaeological study of central Panama, Part 2". En: *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, 8, 1942 a.

\_\_\_\_\_, "The Sigua: southernmost Aztec outpost". En: *Proceedings of the 8th. American Scientific Congress* 2: 1942b, pp. 109-16.

\_\_\_\_\_, "Archaeology of Southern Veraguas, Panama". En: *Memoirs Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 9 (3). Cambridge: Harvard University, 1950.

\_\_\_\_\_, "Metals from the Cenote of Sacrifice, Chichén-Itzá, Yucatán". En: *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 10(2). 1952, Cambridge: Harvard University.

\_\_\_\_\_, "Suicide, sacrifice and mutilations in burials at Venado Beach, Panama". En: *American Antiquity* 19: 1954, pp. 226-234.

\_\_\_\_\_, "Jewelry from the Panama Canal Zone. Archaeology". 9: 1956, pp. 34-40.

Marcos, Jorge, "De ida y vuelta a Acapulco con mercaderes de Mullu". En: J. Marcos. (Ed.). *Arqueología de la Costa Ecuatoriana: Nuevos Enfoques*. Guayaquil: Corporación Editora Nacional, 1986, pp. 163-195.

\_\_\_\_\_, *Real Alto: la Historia de un Centro Ceremonial Valdivia*. Guayaquil: ESPOL, Guayaquil, 1988.

Martyr, Peter, *De Orbe Novo, translated from the Latin by Francis MacNutt, Putnam*. Nueva York, 1912.

- Masucci, María A., "Marine shell bead production and the role of domestic craft activities in the economy of the Guangala Phase, southwest Ecuador". En: *Latin American Antiquity* 6: 1995, pp. 70-84.
- Matos Moctezuma. Eduardo, *The Great Temple of the Aztecs: Treasures of Tenochtitlán*. Londres: Thames and Hudson, 1988.
- McGimsey, Charles R. III, "Cerro Mangote: a preceramic site in Panama". En: *American Antiquity*. 22: 1957, pp. 151-161.
- McGimsey, Charles R. III, M.B.Collins, and T.W.McKerrow, "Cerro Mangote and its population". En: *Journal of the Steward Anthropological Society* 16 (1 & 2): 1964, pp. 125-157.
- Meggers, Betty J., Clifford Evans y Emilio Estrada, "The formative period of Coastal Ecuador". En: *Smithsonian Contributions to Anthropology* 1. Washington D.C.: Smithsonian Institution, 1965.
- Méndez, Diego, "Relación hecha por Diego Méndez..". En: Jane, Lionel C. (Ed.). *The Four Voyages of Columbus*. Toronto: Dover. 1988, pp. 112-143.
- Nichols, Joanna, "Linguistic diversity and the first settlement of the New World". En: *Language* 66:1990, pp. 515-521.
- Piperno, Dolores R. y Deborah M. Pearsall, *The Origins of Agriculture in the Lowland Tropics*. San Diego: Academic Press, 1998.
- Pires-Ferreira, Jane Wheeler, "Exchange networks in formative Mesoamerica, with special reference to the case of Oaxaca". En: *University of Michigan Museum of Anthropology Memoirs*, 7, Ann Arbor, 1975.

- \_\_\_\_\_, "Shell and iron mirror exchange in formative Mesoamerica". En: K. V. Flannery. (Ed.). *The Early Formative Village*. Nueva York: Academic Press, pp. 311-328, 1976.
- Porras, Diego de, "Informe oficial del cuarto viaje del Almirante a las Indias (written 1502-04)". En: Juan Gil y Consuelo Varela. (Eds.). *Cartas de Particulares a Colón y Relaciones Coetáneas*. Madrid: Alianza, 1984, pp. 300-307.
- Ranere, Anthony J., "Toolmaking and tool use among the preceramic peoples of Panama". En: E. S. Swanson. (Ed.). *Lithic Technology*. Mouton: The Hague. 1975, pp. 173-210.
- \_\_\_\_\_, "Stone tools and their interpretation". En: O. F. Linares, A.J. Ranere. (Eds.), *Adaptive Radiations in Pre-historic Panama*. Cambridge, Mass.: Peabody Museum Monographs, 5. Harvard University, 1980, pp. 118-137.
- \_\_\_\_\_, "Implements of change in the Holocene environments of Panama". En: O. R. Ortiz-Troncoso, T. van der Hammen. (Eds.). *Archaeology and Environment in Latin America, Instituut voor Pre- en Protohistorische Archeologie Albert Egges van Giffen*. Amsterdam: Universiteit van Amsterdam, 1992, pp. 45-57.
- Ranere, Anthony J. y Richard G. Cooke, "Evidencias de ocupación humana en Panamá a postrimerías del Pleistoceno y a comienzos del Holoceno". En: I. Cavellier, S. Mora. (Eds.). *Ambito y Ocupaciones Tempranas de la América Tropical*. Santa Fé de Bogotá, Fundación Eri-gaie, ICAN, 1995, pp. 5-26.
- \_\_\_\_\_, "Stone tools and cultural boundaries in prehistoric Panama: an initial assessment". En: F. Lange. (Ed.). *Paths to Central American Prehistory*. Niwot CO: University Press of Colorado, 1996, pp. 49-77.

- \_\_\_\_\_, "Late glacial and early Holocene occupation of Central American tropical forest". En: J. Mercader (Ed.). Título a anunciarse. Cambridge University Press, 2000.
- Ranere, Anthony J., y Patricia Hansell, "Early subsistence patterns along the Pacific coast of Panama". En: B. L. Stark, B. Voorhies. (Eds.). Prehistoric Coastal Adaptation. Nueva York: Academic Press, 1978, pp. 43-59.
- Romoli, Kathleen, Los de la Lengua Cueva. Santa Fé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Instituto Colombiano de Cultura, 1987.
- Sánchez H., Luis Alberto, *Análisis Estilístico de Dos Componentes Cerámicos de Cerro Juan Díaz: su Relación con el Surgimiento de las Sociedades Cacicales en Panamá*. Práctica dirigida presentada ante la Escuela de Antropología y Sociología para optar al Grado de Licenciado en Antropología con Énfasis en Arqueología. Universidad de Costa Rica, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Antropología y Sociología, 1995.
- \_\_\_\_\_, "Panamá: arqueología y evolución cultural". En: *Artes de los Pueblos Precolombinos de América Central*. Institut de Cultura, Museo Barbier-Mueller, Barcelona, 2000, pp. 115-145.
- Sánchez H., Luís Alberto y Richard G. Cooke, "¿Quién presta y quién imita?: orfebrería e iconografía en 'Gran Coclé', Panamá". En: *Boletín del Museo del Oro* (Colombia) 42: 1998, pp. 87-111.
- \_\_\_\_\_, "Cubitá: un nuevo eslabón estilístico en la tradición ceámica del 'Gran Coclé, Panamá'". En: *Precolombart*. 3: 2000. pp.5-20.
- Sander, Dan, Russel H. Mitchell y R.G. Turner, "Report on Venado Beach excavations, Canal Zone". En: *Panama Archaeologist* 1: 1958, pp. 26-31.

Sandweiss, D. H., H. McInnis, R. L. Burger, A. Cano, B. Ojeda, R. Paredes, M. del Carmen Sandweiss y M. D. Glascock, "Quebrada Jaguay: early South American maritime adaptations". En: *Science* 281:1830-32, 1998.

Sauer, Carl O., *The Early Spanish Main*. Berkely: University of California Press.

Shimada, Izumi, "Pre-Hispanic metallurgy and mining in the Andes". En: Alan K. Craig y Robert C. West. (Eds.). *In Quest of Mineral Wealth: Aboriginal and Colonial Mining and Metallurgy in Spanish America. Geoscience and Man*, vol. 33, Baton Rouge LA. Geoscience Publications, Department of Geography and Anthropology, Louisiana State Univeristy, 1994.

Scott, David y Warwick Bray, "Pre-Hispanic Platinum Alloys: their composition and use in Ecuador and Colombia". En: *Archaeometry of Precolumbian Artifacts*. Editado por D. Scott y P. Meyer. Getty Conservation Institute, 1994.

Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*. 3 volúmenes. México D. F. Porrúa, 1969.

Torres de Araúz, Reina, *Panamá Indígena*. Panamá: Instituto Nacional de Cultura, 1980.

Torres de Araúz, Reina y Marcia Arosemena, "Anotaciones a la problemática del contacto precolombino entre Mesoamérica y el área Circuncaribe". En: *Patrimonio Histórico* (Panamá) 4: 1975, pp. 21-39.

Wiley, Gordon R., *An Introduction to American Archaeology*. Volumen 2. South America. Englewood Cliffs NJ: Prentice-Hall, 1971.

Zohar, Irit y Richard Cooke, "The impact of salting and drying on fish skeletons: preliminary observations from Parita Bay, Panama". En: *Archaeofauna* 6:1997, pp. 59-66.